

PUNTUALIZACIONES FREUD-LACAN SOBRE EL INCONSCIENTE ESTRUCTURADO COMO UN LENGUAJE¹

Silvia Duek²

(dueksilvia@gmail.com)

Fecha de Recepción: 12 de Abril de 2021

Fecha de Aprobación: 29 de Abril de 2021

Resumen

Comenzamos recordando una intervención de D. Anzieu en la conferencia sobre lo Simbólico, lo Imaginario y lo Real, conferencia pronunciada en el anfiteatro del hospital psiquiátrico de Saint-Anne, París, el 8 de julio de 1953. Hacia el final de la conferencia, Anzieu formula una pregunta a Lacan acerca de si los modelos que Freud tomó prestados de las teorías de su época, pertenecen al registro del símbolo o a lo imaginario o qué origen dar a estos modelos y luego, dirigiéndose a la propuesta de Lacan por el cambio de modelo permanente para pensar los datos clínicos, pregunta si estos están adaptados al cambio cultural o a algo distinto. La respuesta que le otorga Lacan nos parece interesante ya que da pie para empezar este recorrido sobre la conceptualización del lenguaje: “Más adaptado a la naturaleza de las cosas, si consideramos que todo aquello de lo que se trata en el análisis es del orden del lenguaje,

¹ Artículo revisado y aprobado para su publicación el día 29 de Abril de 2021.

² La Lic. Silvia C. Duek es Psicóloga egresada de la Universidad de Belgrano. Diplomada en Didáctica y Pedagogía Universitaria en la Universidad Barceló (IUCS). Investigadora del IUCS donde realiza tareas docentes como profesora Adjunta en las cátedras Teoría Psicoanalítica I y II (Escuela francesa) y dicta cursos en el área de Extensión Universitaria. Es analista miembro de Letra, Institución Psicoanalítica, donde lleva adelante la práctica de Psicoanálisis en Extensión, participando también en varios grupos de trabajo.

Dictó seminarios y cursos de actualización en práctica clínica con niños y adultos, en las sedes de Buenos Aires y La Rioja del IUCS. Ha sido expositora en diversos congresos, tales como la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, en Psico Habana (Cuba), en el Instituto Letra, en Reunión Lacanoamericana de Río de Janeiro, Montevideo, entre otros. Asimismo, publicó trabajos de investigación en Letra y dictó clases en la Cátedra de Psicología de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires (FADU-UBA).

es decir, al fin de cuentas de una lógica. Por consiguiente, esto es lo que justifica esta formalización que interviene como una hipótesis” (1953, p.38). Esta es la intervención que coloca a Lacan en el lugar de ser quien aporta una redefinición y precisión a la estructura del aparato psíquico freudiano, ubicando al orden simbólico en el lugar que termina ocupando. La construcción del esquema Simbólico-Imaginario-Real se instala en la lectura y en la posición intelectual de retorno a Freud desde los textos fundantes del psicoanálisis, tomando los aportes de la lingüística de Ferdinand De Saussure, Jakobson y otros conceptos de las que Freud no disponía.

Palabras clave: Freud, Lacan, Psicoanálisis, Lenguaje, Inconsciente estructurado

Resumo

Começamos por relembrar uma intervenção de D. Anzieu na conferência sobre o Simbólico, o Imaginário e o Real, conferência proferida no anfiteatro do hospital psiquiátrico Saint-Anne, em Paris, em 8 de julho de 1953. Anzieu faz uma pergunta a Lacan sobre se os modelos que Freud tomou emprestado das teorias de sua época pertencem ao registro do símbolo ou do imaginário ou que origem dar a esses modelos e, então, abordando a proposta de Lacan de mudança do modelo permanente de pensamento sobre os dados clínicos, questiona se eles estão adaptados à mudança cultural ou outra coisa. A resposta que Lacan lhe dá parece-nos interessante, pois dá origem a este percurso de conceituação da linguagem: “Mais adaptado à natureza das coisas, se considerarmos que tudo o que se trata na análise é da ordem da linguagem, ou seja, no fim de uma lógica. Portanto, é isso que justifica esta formalização que intervém como um hipótese ”(Anzieu, 1953: 38). É a intervenção que coloca Lacan no lugar de ser aquele que traz uma redefinição e precisão à estrutura do aparelho psíquico freudiano, colocando a ordem simbólica no lugar que acaba ocupando. A construção do esquema Simbólico-Imaginário-Real se instala na leitura e na posição intelectual de retorno a Freud a partir dos textos fundadores da psicanálise, tomando as contribuições da lingüística de Ferdinand De Saussure, Jakobson e outros conceitos de que Freud não tinha.

Palavras-chave: Freud, Lacan, Psicanálise, Língua, Inconsciente estruturado

Abstract

We begin by recalling an intervention by D. Anzieu at the conference on the Symbolic, the Imaginary and the Real, a conference delivered in the amphitheater of the Saint-Anne psychiatric hospital, Paris, on July 8, 1953. Anzieu asks Lacan a question about whether the models that Freud borrowed from the theories of his time, belong to the register of the symbol or the imaginary or what origin to give these models and then, addressing Lacan's proposal for the change of permanent model for thinking about clinical data, ask if they are adapted to cultural change or something else. The answer that Lacan gives him seems interesting to us since it gives rise to start this journey on the conceptualization of language: "More adapted to the nature of things, if we consider that everything that is dealt with in the analysis is of the order of language, that is, in the end of a logic. Therefore, this is what justifies this formalization that intervenes as a hypothesis "(Anzieu, 1953: 38). This is the intervention that places Lacan in the place of being the one who brings a redefinition and precision to the structure of the Freudian psychic apparatus, placing the symbolic order in the place it ends up occupying. The construction of the Symbolic-Imaginary-Real scheme is installed in the reading and in the intellectual position of return to Freud from the founding texts of psychoanalysis, taking the contributions of the linguistics of Ferdinand De Saussure, Jakobson and other concepts of which Freud did not had.

Keywords: Freud, Lacan, Psychoanalysis, Language, Structured unconscious

Introducción

La hipótesis que planteamos para esta investigación es que existen efectos y relaciones entre lenguaje, psicoanálisis y la práctica clínica (psicoanálisis y su praxis). El lenguaje y la palabra son el fundamento de nuestra práctica, y sus disímiles conceptualizaciones tienen diferentes derivaciones según los modos de abordaje clínico. Sostenemos que la experiencia del psicoanálisis implica a “dos” en disparidad donde lo que circula es la palabra, teniendo como premisa fundamental que “*el lenguaje se define como la condición misma del inconsciente*”. En este sentido, sabemos por los pacientes que su verdad en relación a lo inconscientes dicha con los

sueños, los actos fallidos, los síntomas, y esa palabra cobra su valor cuando hay allí un analista que la escucha.

El psicoanálisis como praxis se medirá por sus efectos, y estos estarán de acuerdo con los elementos de lectura teóricos con los que el analista disponga. Por ejemplo, la diferencia entre pensar la palabra como símbolo adjudicándole una significación universal o pensar el símbolo operando desde lo particular del sujeto, o sea como lo formula Lacan tomando los aportes de la lingüística, “*un significante que representa a un sujeto para otro significante*”; se trata del orden simbólico regulado por la ley del significante pero también la dimensión de lo imaginario y real haciendo nudo, como modos de constitución de un sujeto.

Surgimiento del significante

a- De la huella freudiana a la Lingüística

Es sustancial poder ubicar la diferencia en la manera en que S. Freud conceptualizaba teóricamente la palabra en relación a la huella mnémica, y J. Lacan el significante lacaniano en relación a la letra. Lo que podemos dejar sentado como posición es que sin huella freudiana no habría ni letra ni significante en Lacan.

Freud comenzó sus investigaciones basándose en dos pilares fundamentales: la clínica de las neurosis y los sueños. Sobre esta base postula y explica el funcionamiento del aparato psíquico. Con un lenguaje propio de la técnica científica de la época y dejando en evidencia su formación médica, en el *Proyecto de psicología para neurólogos* (1895) y desde un enfoque cuantitativo, pretende extraer de la psicopatología cuanto pueda ser útil para la psicología normal.

De este texto inaugural tomaremos la llamada “experiencia de satisfacción”, como suceso mítico para explicar desde el concepto de acción específica, cómo Freud enlaza el desamparo original propio del ser humano con la intervención del otro. Esta ayuda externa trae aparejada la satisfacción de la necesidad, y por ende el cese del aumento de carga. La atención del otro se consigue a través del grito y del llanto, que tienen dos funciones: la primaria, de descarga, y la secundaria, de comunicación, llamado al otro. Esta primera vivencia deja tras sí una huella, huella mnémica que rememora ese objeto primario de satisfacción, objeto perdido, anhelado, nunca vuelto

a encontrar. Una pérdida que deja una marca en el aparato psíquico, que será lo único que nos anunciará sobre ese objeto imposible de reencontrar. *Das ding* designa algo inasimilable, no plausible de ser simbolizado y produce un primer exterior al aparato.

Resulta interesante cómo Freud concibe un aparato psíquico, basado en un modelo neuronal, dividido en sistemas y manejado por cantidades, que caduca en el intento de responder al positivismo de la época, ya que a la vez no tiene referente material, está por fuera del organismo.

Rabinovich en *El concepto de objeto en la teoría psicoanalítica*, señala que se separa ya su conceptualización de toda génesis empirista y biologicista cuando en la página 363 del *Proyecto de psicología...*, “Freud realiza una acotación sorprendente y a la vez fundamental, dice: el desamparo inicial de los seres humanos es la fuente primaria de todos los motivos morales” (1990: 12). El desamparo y la función de comunicación del grito dejan en el ser hablante una huella imperecedera, huella mnémica que introduce la dimensión “innovadora, que es la rememoración alucinatoria”, en donde se ubica el cambio de signo de la memoria, en “su función desadaptativa en relación a la función del organismo...” (1990: 13). Lo que comienza siendo un aparato que se apoyaba sobre una base neuronal, comienza a ser pensado, luego de la tercera parte del texto, como un aparato donde el lenguaje aparecerá cada vez más como la clave de su funcionamiento. Es decir, el grito -como llamado al otro- deviene significación del sujeto a partir de la respuesta del Otro, el lenguaje entonces se puede pensar como testigo de la pérdida del objeto.

Un año después del *Proyecto...*, en la carta 52 a Fliess acerca de la memoria Freud expone su hipótesis sobre el proceso de estratificación del material de huellas mnémicas. Allí señala que la memoria está disponible de manera múltiple, y establece que al menos existen tres maneras de transcripciones de estas escrituras, con determinadas leyes que la rigen: “...de tiempo en tiempo el material preexistente de huellas mnémicas experimenta un reordenamiento según nuevos nexos, una retranscripción (*umschrift*)” (1896: 274). Esto significa que la huella mnémica es modificable y, por lo tanto, su resultado no es acabado.

Veintinueve años más tarde y habiendo ya escrito el libro de los sueños, una vez más Freud propone una analogía para pensar al aparato psíquico. En el pasado, había sido con el aparato fotográfico; esta vez, lo presenta como análogo a un artefacto de

escritura -la llamada pizarra mágica- lo que le permite explicar la lógica de la inscripción.

Si desconfío de mi memoria—es sabido que el neurótico lo hace en medida notable, pero también la persona normal tiene todas las razones para ello—, puedo complementar y asegurar su función mediante un registro escrito. La superficie que conserva el registro de los signos, pizarra u hoja de papel, se convierte por así decir en una porción materializada del aparato mnémico que de ordinario llevo invisible en mí. Si tomo nota del sitio donde se encuentra depositado el «recuerdo» fijado de ese modo, puedo «reproducirlo» a voluntad en cualquier momento y tengo la seguridad de que se mantuvo inmodificado, vale decir, a salvo de las desfiguraciones que acaso habría experimentado en mi memoria.

Los dispositivos auxiliares de nuestra memoria parecen particularmente deficientes; en efecto, nuestro aparato anímico opera lo que ellos no pueden: es ilimitadamente receptivo para percepciones siempre nuevas, y además les procura huellas mnémicas duraderas —aunque no inalterables—. Ya en *La interpretación de los sueños* (1900) formulé la conjetura de que esta insólita capacidad debía atribuirse a la operación de dos sistemas diferentes (dos órganos del aparato anímico). Poseeríamos un sistema P-Cc que recoge las percepciones, pero no conserva ninguna huella duradera de ellas, de suerte que puede comportarse como una hoja no escrita respecto de cada percepción nueva. Las huellas duraderas de las excitaciones recibidas tendrían cabida en «sistemas mnémicos» situados detrás. Después, en *Más allá del principio de placer* (1920), puntalicé que el inexplicado fenómeno de la conciencia surgiría en el sistema percepción en lugar de las huellas duraderas.

En la pizarra mágica, el escrito desaparece cada vez que se interrumpe el contacto íntimo entre el papel que recibe el estímulo y la tablilla de cera que conserva la impresión. Esto coincide con una representación que me he formado hace mucho tiempo acerca del modo de funcionamiento del aparato anímico de la percepción, pero que me he reservado hasta ahora. He supuesto que inervaciones de investidura son enviadas y vueltas a recoger en golpes periódicos rápidos desde el interior hasta el sistema P-Cc, que es completamente permeable. Mientras el sistema permanece investido de ese modo, recibe las percepciones acompañadas de conciencia y trasmite la excitación hacia los sistemas mnémicos inconscientes; tan pronto la investidura es retirada, se extingue la conciencia, y la operación del sistema se suspende. Sería

como si el inconsciente, por medio del sistema P-Cc, extendiera al encuentro del mundo exterior unas antenas que retirara rápidamente después que estas tomaron muestras de sus excitaciones. Por tanto, hago que las interrupciones, que en la pizarra mágica sobrevienen desde afuera, se produzcan por la discontinuidad de la corriente de inervación; y la inexcitabilidad del sistema percepción, de ocurrencia periódica, reemplaza en mi hipótesis a la cancelación efectiva del contacto.

Conjeturo, además, que en este modo de trabajo discontinuo del sistema P-Cc se basa la génesis de la representación del tiempo. Si se imagina que mientras una mano escribe sobre la superficie de la pizarra mágica, la otra separa periódicamente su hoja de cubierta de la tablilla de cera, se tendría una imagen sensible del modo en que yo intentaría representarme la función de nuestro aparato anímico de la percepción (Freud, 1925: 243-247).

Subrayamos el carácter de “no inalterabilidad” de las huellas mnémicas (la misma que ha sido enunciada en la carta 52), la característica del sistema P-Cc, en tanto no conserva ninguna huella duradera y el carácter de discontinuidad que le es propio. La huella que va a inscribirse sufrirá modificaciones no solo por la resistencia que la capa de cera le opone, sino también por los trazos previamente inscriptos en este estrato, pero además, la impresión de esta huella alterará todo el texto previo, o sea el nuevo trazo hará que los trazos anteriores se transformen. De esto se desprende entonces la imposibilidad de una traducción única y acabada de tales huellas, por consecuencia tampoco la de los deseos sexuales y defensas, que se lee también en otros textos freudianos.

El advenimiento de una verdad única y totalizadora queda excluido del funcionamiento del aparato psíquico, tal como Freud lo expone en relación a esta lógica de escritura. Si las características materiales de este instrumento permiten que la posibilidad de impresión se torne infinita, y que es renovador de lo impreso anteriormente, el resultado va a ser siempre nuevo, y la temporalidad lejos de la cronología nos permite comprender lo que Freud llama *nächtraglich*, retroacción, tiempo de espera, a lo que por-venir modificará lo escrito anterior.

Para avanzar nos servimos de la etimología; la Real Academia Española nos dice que “huella” proviene de *hollar* y algunas de las significaciones que nos acerca son: “señal que un cuerpo deja al moverse”, “señal o rastro que queda de una cosa o un sujeto”, “rastro”, “surco”, “señal”, “vestigio”, “impresión”.

Pero ¿qué es lo que queda? El verbo quedar indica aquello que no pasa en relación a lo que ha pasado; es el vestigio presente de una ausencia, pero vestigio construido, la evidencia inmediata del vestigio, su materialidad puntual (esa huella del carro al moverse) encubre que no hay huella sin una interpretación de la huella como huella. La huella entonces es aceptada, es la interpretación de la huella (Ritvo, 2004: 169).

Debemos pensar a la huella mnémica como algo que ya no está pero que a la vez tiene presencia, presencia de la ausencia, se ubica en lo que fue. Es decir, crea un intervalo de lo que ya no es y aquello que todavía no es; por lo tanto, elegimos pensarla como un pasar, y que por el mismo hecho de pasar no se consuma. Entonces entre lo que fue y también el *por-veniren* su carácter de mudable abre la posibilidad de re-escritura, y de esta manera pasado y futuro quedan ligados.

Ritvo recupera la noción de índice de Pierce para pensar esta huella cuya particularidad consiste en que desaparece como signo, inmediatamente, si su objeto desaparece, pero tampoco conserva el rango de signo sin un interpretante. "Un Índice es un signo que se refiere al Objeto que denota". El índice es el signo que está realmente influido, afectado (*affected*) por el objeto (Ritvo2004, p.170). En palabras de Pierce (1931):

Un signo, o representamen, es algo que, para alguien, representa o se refiere a algo en algún aspecto o carácter. Se dirige a alguien, esto es, crea en la mente de esa persona un signo equivalente, o tal vez, un signo aún más desarrollado. Este signo creado es lo que yo llamo el interpretante del primer signo. El signo está en lugar de algo, su objeto.

Está en lugar de ese objeto, no en todos los aspectos, sino solo con referencia a una suerte de idea, que a veces he llamado el fundamento del representamen (1986: 22).

Retomando a J. Ritvo, en "*Del Padre*": "Es imposible pensar sin imaginar un punto de referencia, sea el que sea, y sin reconocer que aquello que imaginamos ya está de antemano inscripto" (2004: 170). Hablamos de una inscripción, que solo será leída si alguien la nombra. Son los relatos del pasado los que, a partir de la enunciación, abren camino a una lectura posible de la actualidad de tales escenas. Actualidad determinada por aquel objeto cuya extracción les da marco, dejando las huellas mnémicas sobre las que operará el olvido. Entonces, el borramiento de esa huella mnémica que la elisión de

objeto ha dejado hará surgir el Significante (como presencia de la ausencia) donde se articulará la historia, no desde el tiempo cronológico sino desde la lógica significativa.

En este el valor del desdibujamiento o borramiento, ajeno a la percepción diurna ya que no es el polo perceptual lo que está en juego, en los sueños se remarca otra vez la presencia de cierta materialidad, cierta inscripción que nos da a pensar en algo escrito que queda, pero ¿en qué consiste ese “quedar”? Escuchando el relato del sueño podemos inferir que en el soñar se pone en evidencia la alternancia entre inscripción y borramiento. Pudiendo pensar esta vez de otra manera: que para que haya relato debió operar la tachadura. Hay un borramiento primero que deducimos del borramiento de superficie que los restos diurnos manifiestan en los relatos del sujeto. Reduciendo y a la vez introduciendo un eslabón deductivo, Ritvo argumenta: “...la imagen solo adquiere su valor de transmisión cuando se articula con la palabra que la tacha” (2004: 198).

“El sueño no habla, es afásico y sin embargo él es el que abre el habla sobre el lenguaje y es de él que la escucha recibe el poder de interpretar o nombrar”, sostiene Lacan (1955/1956: 315), siguiendo a Jakobson (1956), quien, en “Dos aspectos del lenguaje y dos tipos de trastornos afásicos”, pone el énfasis en el aspecto lingüístico y no solo en el daño cerebral.

“(...) la distribución de determinados trastornos denominados afasias, debe reverse a la luz de la oposición entre, por una parte, las relaciones de similitud, o de sustitución, o de elección y también de selección o de competencia, en suma, de todo lo que es del orden del sinónimo y, por otra, las relaciones de contigüidad, de alienación, de articulación significativa, de coordinación sintáctica” (Lacan, 1955/1956: 314).

La afasia sigue las leyes del lenguaje a pesar de no hablar, por lo tanto, nos invita a reflexionar sobre estos modos en que algo deja de funcionar sujetos a las formas del lenguaje.

b- De la lingüística al significativo lacaniano

A partir del marco conceptual de Freud, avanzaremos sobre la noción de significativo analizándolo desde diferentes perspectivas. Formarán parte del corpus a trabajar el seminario III “Las psicosis”, la clase del 11 de abril de 1956 así como “La

cosa freudiana” (*Escritos I*) y “Ampliación de una conferencia pronunciada en la clínica neuro-psiquiátrica de Viena el 7 de noviembre de 1955”.

En sus escritos, Freud establece que el “ello” habla. En las últimas líneas de la conferencia 31 de las Nuevas Conferencias de Introducción al Psicoanálisis, afirma “*wo es war, soll ich werden*”. La traducción literal es “Donde era, seré yo” aunque la traducción de J. Strachey echa luz sobre el tema “*Donde el ello era, el yo debe advenir*”. donde ello era el yo será de esta manera articula la idea del devenir, devenir de representaciones: “dejarlo hablar” (Freud, 1933: 234).

Es por las aristas del hablar donde debemos detenernos, dice Lacan en *La cosa freudiana*, aun cuando reconozcamos un “yo hablo” porque “no hay habla sino del lenguaje”, y nos recuerda que este pertenece a un orden sostenido por sus leyes y que no es un código. Por lo tanto, no es posible abordarlo desde una teoría de la comunicación por lo que el psicoanalista debe pensar su función diferenciándolo de lo que es información (Lacan, 1955: 390). Así, Lacan plantea que un psicoanalista debe distinguir entre significado y significante, y empezar a ejercitarse con las dos redes de relaciones que no recubren (1955: 392).

En *Función y campo de la palabra*, Lacan define al psicoanalista como el “*practicante de la función simbólica*”, siempre ligada a la práctica con analizantes. Hay una primera red, la del significante, que aporta esa materialidad que proviene del lenguaje. Es decir, una primera red que regula el funcionamiento de los elementos de una lengua desde el par de palabras por oposición fonemática hasta las locuciones conjuntivas compuestas, con las que constituyen este primer espacio de la red de significantes, pensándolo como la estructura sincrónica del discurso. Por otra parte, la segunda red se ubica en torno a la diacronía del discurso, lo que está en relación a la significación; esta se apoya en la primera así como también la sincronía termina gobernándola.

Esta primera red nos sitúa directamente en cómo piensa Saussure esta sincronía a partir del eje de simultaneidad, eje que por sí mismo no supera la linealidad del tiempo. El padre de la Lingüística señala que el pensamiento-sonido implica divisiones y la lengua elabora sus unidades al constituirse entre dos masas amorfas (1916). Por su parte, Ritvo en *El texto significante y sujeto en Lacan* formula: “...si diferencias de sonidos se corresponden con diferencias de ideas, ya no se puede hablar de un pensamiento anterior al lenguaje” (1979: 14). De esta manera, las asociaciones ya no

son tan solo diferencias fónicas y concluye que el pensamiento es el lenguaje. En este punto, Lacan hace confluír la Lingüística con el Psicoanálisis, dando inicio a una verdadera contradicción y rehusándose a los discursos positivistas.

Siguiendo entonces el planteo saussureano, la Lingüística Sincrónica o estática designa un estado de la lengua, el eje de las simultaneidades, donde la variable tiempo queda excluida, (valores considerados en sí mismos). En cambio, la Lingüística Diacrónica o evolutiva designa una fase de la evolución, el eje de las sucesiones, donde solo se puede considerar una cosa cada vez según una sucesión lineal (valores considerados en función del tiempo).

En el seminario “Las psicosis”, en la clase del 18 de febrero, se pregunta “*¿Qué buscamos, nosotros, analistas, cuando abordamos una perturbación mental, ya se enmascare o revele en síntomas o comportamientos? Siempre buscamos la significación, significación que incumbe a cada sujeto*”. En la clase del 11 de abril prosigue “*El significante, en cuanto tal, no significa nada*” y más adelante agrega “*mientras más no significa nada, mas indestructible es el significante*” (1955/1956: 261, 279). Por lo dicho no hay posibilidad de pensar “un puro significante” y el alcance que tiene el enunciado “el significante en cuanto tal, no significa nada”, ni siquiera podemos imaginarlo. Las categorías significantes Hombre y Mujer como lo estamos planteando dependerán de las implicancias de la significación como efecto de la cadena significativa particular en ese sujeto.

¿Qué es el significante en cuanto tal? Continuando con el mismo seminario de referencia, en la clase 15 del 18 de abril, dice: “*Intenten pues imaginar que puede ser la aparición de un puro significante. Obviamente por definición, ni siquiera podemos imaginarlo*”. Casi a manera de signo que se tendrá que tomar constancia y acuse de recibo porque es lo esencial para la comunicación “*no significativa pero sí significante*” (Lacan, 1956: 26). Por eso, en la clase siguiente acerca de los significantes primordiales y de la falta de uno, empieza a introducir la cuestión de la significación que “incumbe en algo al sujeto”; por lo tanto, no hay una sola significación para un significante, incumbe a cada sujeto hablante en su particularidad. La significación es a producir, advendrá como efecto de la relación entre significantes de la cadena.

Cuando pensamos la relación del significante y el sujeto, es necesario circunscribirla a la experiencia del análisis, recuperar la palabra desde Freud, es decir,

ligarla como modo eficaz en las formaciones del inconsciente. Desde la teoría del inconsciente, cada analista decide acerca de su técnica en la experiencia analítica.

El Inconsciente Estructurado como un Lenguaje

Ya es hora de plantear el enunciado que nos convoca “el inconsciente está estructurado como un lenguaje”. *“De ahí que la estructura del lenguaje es la estructura que la experiencia analítica descubre en el inconsciente”* (Rabinovich D, 1986: p.11). Si bien Lacan reformula algunas cuestiones a lo largo de su enseñanza, *“nunca deja de ser estructura de significante, estructura de lenguaje”*. Aquí, insistimos, se abre un nuevo momento, el inconsciente ya no es solo el reservorio de la pulsión, sino que va a estar sostenido por una estructura que será la del lenguaje.

Debemos ubicarnos en el estructuralismo de la época, movimiento que se extiende tanto al marxismo como a la crítica literaria, a la antropología y también al psicoanálisis. El estructuralismo deniega la primacía de un saber histórico humanístico a aquel que ubica a un sujeto “constituyente” de la historia, poseedor de una razón que le posibilite una conciencia de sí. Algunos de los referentes de este pensamiento son Paul Sartre y Levi-Strauss quien, a su vez, es influido por el estructuralismo lingüístico de Saussure, Jakobson y la fonología moderna. Todos ellos aspiran a descubrir las reglas de formación, el orden interno y la coherencia de los conceptos.

Levi-Strauss, antropólogo estructuralista, se afana por encontrar los mecanismos inconscientes que determinan la organización social de prácticas vitales para la existencia del hombre; como son las alianzas matrimoniales, el parentesco, los mitos, los ritos y otras tantas expresiones de la vida social. Es desde aquí que nos remitimos al artículo de dicho autor, “La eficacia simbólica” (1949), en donde describe las prácticas de encantamiento de un chamán que, en un caso de parto difícil, proporciona a la parturienta un lenguaje. Se compara esta cura chamánica con la de un psicoanalista y es así como concluye Levi-Strauss: la cura consistiría, pues, en volver pensable una situación dada al comienzo en términos afectivos, y hacer aceptables para el espíritu los dolores que el cuerpo se rehúsa a tolerar. Que la mitología del chamán no corresponda a una realidad objetiva carece de importancia: la enferma cree en esa realidad, y es miembro de una sociedad que también cree en ella. Los espíritus protectores y los

espíritus malignos, los monstruos sobrenaturales y los animales mágicos forman parte de un sistema coherente que funda la concepción indígena del universo. La enferma los acepta o, mejor, ella jamás los ha puesto en duda. Lo que no acepta son dolores incoherentes y arbitrarios que, ellos sí, constituyen un elemento extraño al sistema, pero que gracias al mito el chamán va a reubicar en un conjunto donde todo tiene sustentación. Tendría lugar, así, por la mediación del relato mítico, una reconciliación de la enferma con el doloroso proceso fisiológico desencadenado en su cuerpo (Levi-Strauss, 1949: 173).

En *El mito individual del neurótico* Lacan remarca la función de este: Si confiamos en la definición del mito como una cierta representación objetivada de un *epos* o de una gesta que expresa de modo imaginario las relaciones fundamentales características de cierto modo de ser humano en una época determinada [...] como la manifestación social latente o patente, virtual o realizada plena o vaciada de su sentido, de ese modo del ser, es indudable que podemos volver a encontrar su función en la vivencia misma de un neurótico. La experiencia nos proporciona en efecto, toda suerte de manifestaciones acordes con este esquema y de las que pueden decirse que se tratan, hablando estrictamente de mitos (Lacan, 1953: 40).

En un caso, es un mito individual lo que el enfermo construye con la ayuda de elementos del pasado; en el otro, es un mito social que el enfermo recibe del exterior y que no corresponde a un estado personal antiguo.

La eficacia simbólica se remite a quedar inducido a vivir un mito. Es el carácter de bricolaje que le da al mito su naturaleza de ser construido con retazos, pedazos, trozos de otras versiones. La combinatoria de las mismas obedece entonces al “juego de la estructura” que en forma inconsciente posibilitan el relato diacrónico agrupando en cierto modo los elementos que están disponibles sincrónicamente (Levi-Strauss, 1995: 226).

Levi-Strauss entonces afirma que el inconsciente se reduce a “la función Simbólica”, fórmula que anticipa la de Lacan “el inconsciente está estructurado como un lenguaje”. Desde esta concepción del símbolo, Lacan toma los aportes de Saussure y Jakobson –al igual que Levi Strauss aunque luego sus caminos serán otros- y se embarca en lo que J. Milner llama tan acertadamente “el periplo estructural”, Lacan solo se interesa de manera general por el lenguaje con las propiedades que establece la lingüística estructuralista y descarta los métodos que ellas llevan adelante.

Siguiendo el desarrollo de Milner es aventurado pero quizás necesario pensar la “estructura” como el nombre que se le da a un sistema, entonces el nombre que se le da a un sistema cualquiera reducido a sus propiedades mínimas “es el de cadena” (Milner, 2003: 147). Un significante solo puede entenderse en forma diferencial y negativa con respecto a los otros, es lo que todos los otros no son, y como tal está vaciado de significación, necesita de otro significante para producirla. Recordando lo que enunciamos en los apartados anteriores, por un lado, Lacan hace del registro simbólico la clave para la re-lectura del inconsciente freudiano. Por otro lado, las leyes de “desplazamiento y condensación” son rebautizadas como “metáfora y metonimia”, categorías tomadas de la lingüística. Esto requiere, a todas luces, que esas relaciones descubiertas en las lenguas no sean propias de las lenguas sino extensibles a toda cadena. El Inconsciente, sabemos, conoce la metáfora y la metonimia “*no es por ser una lengua sino por estar estructurado*” (Milner, 2003: 143).

A este primer período de la enseñanza de Lacan lo llamaremos, siguiendo al autor de *El periplo estructural*, “el primer clasicismo lacaniano,”. Pero esto no quiere decir que haya que abandonar la conjetura hiperestructural ni que la teoría estrictamente estructural del sujeto sea una empresa vana ni que el psicoanálisis no se inscriba en la ciencia moderna. Milner plantea dos cosas:

-La lingüística no puede desempeñar ningún papel específico en la teoría de la estructura, cualquiera sea ella.

-Y la estructura, en tanto estructura cualquiera, debe ser el punto donde se anudan la doctrina del inconsciente y la ciencia moderna (Milner, 2003: 151).

Por lo antedicho se impone una invención teórica, una invención que Lacan terminó de desarrollar en el último período de su enseñanza, luego del mencionado clasicismo lacaniano. El adiós que le hace Lacan a la lingüística es explícito recién en el seminario “L'etourdit”, donde afirma “*Así la referencia por la que yo situó lo inconsciente es justamente aquella que a la lingüística se le escapa*” (Lacan, 1973: 46). Importan los sujetos de la lingüística pero a la lingüística que él aplica la llamará: “Lingüistería” (Lacan, 1973).

a-El símbolo

En 1949, en la Comunicación presentada en el XVI Congreso Internacional de Psicoanálisis en Zurich, titulada “El estadio del espejo como formador de la función del

yo (*je*)”, Lacan nombra por primera vez la palabra “simbólico” y la ubica conceptualmente. En 1953, inaugurando el Congreso de Roma de las lenguas romances celebrado en el Instituto di psicología della Università di Roma el 26 y el 27 de septiembre, Lacan publica “Función y Campo de la Palabra” en su libro *Escritos I*. El congreso se da en el marco de un movimiento intelectual y político en el que Lacan sentará ciertas bases en relación al psicoanálisis: En adelante, el psicoanálisis no se reduce ni a la neurobiología, ni a la medicina, ni a la ciencia de las instituciones, ni a la pedagogía, ni a la psicología, ni a la sociología, ni a la etnología, ni a la mitología, ni a la lingüística.

Y luego fundamenta “*para que más adelante recobre lo que es suyo*” (Lacan, 1953). Este mismo año comienza la conceptualización de los tres registros: Real, Simbólico e Imaginario. El psicoanalista “practicante de la función simbólica” es el que vuelve a traer la experiencia psicoanalítica a la palabra y al lenguaje para lograr la eficacia en la interpretación. Cuando hablamos de lo simbólico es importante aclarar que no nos referimos al simbolismo, pero tampoco lo podemos restringir al uso lingüístico del símbolo, y subrayamos lo simbólico en tanto su función.

El símbolo significa el pacto: la relación entre el analizante y el analista es de ese orden y no del orden del contrato (que remitiría al par formado por el masoquista y su *partenaire*). Es una relación de interlocución que sitúa la palabra en tercería como lugar en que se plantea la cuestión de la verdad. No una verdad de adecuación de la cosa y de la objetividad [...] Lacan sitúa a los analistas entre los “amos de la verdad”, casi en el lugar de los poetas (Porge, 2000: 80-81).

En ese sentido, no es lo que se opone a lo falso, sino más bien desde lo olvidado como formación del inconsciente. El análisis es un asunto de palabras, alguien habla, otro escucha. El que habla espera respuestas. ¿Y si no habla? ¿El comportamiento “dirá” lo que la boca calla? En “Función y campo”, Lacan sostiene que el arte del psicoanalista debe ser el de suspender las certidumbres del sujeto hasta que se consuman sus últimos espejismos y es en el discurso donde debe escandirse su resolución. Observemos cómo se introduce la gran diferencia de pensar la palabra como único medio del psicoanálisis, siendo “*una presencia hecha de ausencia*”. Una intersubjetividad que no es yoica, donde la palabra en disparidad cuestiona la verdad del inconsciente y solo puede provenir de un sujeto que “llame a una respuesta”, con un analista que este ahí ofreciendo su escucha. El articulador es la palabra en su

“función creadora”, palabra plena como emergente de una verdad, oponiéndose a la palabra vacía del *bla bla* corriente pero necesaria para que algo allí se produzca (Lacan, 1953).

Lo importante de este movimiento en la historia del psicoanálisis, es que en esta estructura del lenguaje no hay más allá de lo simbólico, en el sentido de que “la palabra se confiesa”. No hay que ir a buscar en las profundidades un contenido verdadero sino “pasar al verbo el acontecimiento”. No hay acontecimiento preexistente sino es puesto en verbo, en tanto la palabra cumple su función de símbolo.

b-La letra como materialidad

Nos interesa pensar y remarcar esta operación del vaciamiento del inconsciente de contenidos instintuales, tomando la idea de Freud de la interpretación de los sueños, donde lo que se juega allí es un saber textual y no referencial. En este sentido, estamos en condiciones de pensar lo textual como un tema de escritura. En este desafío llegamos a pensar en relación con la escritura una materialidad propia en relación a la del discurso: “*tomar la letra al pie de la letra*”. Esta frase es utilizada por Lacan en “Instancia de la letra en el inconsciente o su razón desde Freud” (Lacan, 1957: 474).

Hay dos momentos para pensar a la letra: un primer período en que el psicoanálisis se vincula a la lingüística –el significante se relaciona con la escritura de lo simbólico-; y un segundo momento donde estará más ligado a las matemáticas y a la topología. Nos abocaremos ahora a este primer momento, cuando Lacan propone que la razón no es otra cosa que la instancia de la letra en el inconsciente. El inconsciente es leído como una razón que nos proporciona la legalidad del lenguaje; desligada de las emociones y de lo instintual, ambos considerados como aquello que está “dentro”, determinado, y antes del nacimiento. Asimismo, la palabra “instancia”, desde la acepción jurídica, ubica al habla en el orden de la legalidad. Pero desde la etimología del término, la “instancia” también refiere al verbo latino “*instare*”, estar por encima. La letra inconsciente *está por encima del significante*, “*de ella depende todo sentido y todo efecto*” (Lacan, 1957: 475). “*Designamos como letra ese soporte material que el discurso concreto toma del lenguaje*” (Lacan, 1966: 475). Esta es la primera definición que aparece en el apartado “Sentido de la letra”.

Tenemos que pensar qué significa el soporte material; este no es sustrato biológico, no es cuantificable ni ubicable, lo debemos pensar en el sentido que Lacan lo trabaja en la carta robada. “El seminario de la carta robada” lo escribe en un momento de transición teórica. Hasta ese momento, se venía refiriendo a la palabra y a las leyes de la palabra en torno a la dialéctica de la intersubjetividad y todavía se observaban los aportes de Jakobson sobre Metáfora y Metonimia. A partir del seminario de “Las psicosis”, se despegó definitivamente de la cuestión del fonema para definir el estatuto de la cadena significante, como ya muchas veces lo había enunciado “el significante no es un fonema”.

Allí plantea a la letra como elemento tipográfico, letra como epístola, del francés *Lettre*, y lo que hace el letrado. Debe entenderse a la letra como *une lettre* —que nos espera en la casilla de una carta incluso que tiene unas letras, lo piensa en relación a un lugar y guarda con éste relaciones que “tiene todo el alcance del calificativo inglés *odd* ya que es, al mismo tiempo, lo que falta en su lugar” (Lacan, 1966: 17). “*Si hemos insistido en la materialidad del significante, esta materialidad es singular en muchos puntos, el primero de los cuales es no soportar la partición. Rompamos una carta en pedacitos; sigue siendo la carta que es*” (Ritvo, 1980: 51). Allí Ritvo aporta una idea importante: un pedacito aparentemente insignificante o un bollito de un papel arrugado “*cumple su función de carta (lettre) en tanto es enviada, en tanto que circula*”.

Siguiendo el recorrido que venimos haciendo desde instancia de la letra, encontraremos la siguiente formulación “*llamamos la letra, a saber, la estructura esencialmente localizada del significante*” (Lacan, 1966: 481). Por estructura localizada quizás tengamos que pensar la materialidad tomando la posición de diferencia, pero siempre teniendo en cuenta lo expresado en el “Seminario sobre La carta robada” que “estará allí donde no está” a la manera de la huella mnémica que “pasa”. Por lo tanto, es la unidad más indivisible del significante, “su componente mínimo”.

Nos parece importante subrayar que estas letras constituyen una matriz, si es permitida la analogía, en tanto su combinación recurrente permite la emisión de distintos discursos. Siguiendo a Ritvo

“(…) las letras tomadas junto con sus reglas sintácticas, carecen de sentido, el sentido advendrá cuando la máquina de emitir, ha recibido una suerte de puntuación, la

que retroactivamente, otorga un sentido particular a aquello que hasta el instante no lo tenía” (Ritvo, 1980: 51-52).

Conclusión

Retomemos el recorrido simbólico planteado hasta ahora: el origen del Psicoanálisis se asienta en la transferencia, la “asociación libre” y su contrapartida la “atención flotante”. Ya desde el *Proyecto de una psicología para Neurólogos* (1895) queda planteado que quienes le enseñan a Freud son ellas, las históricas; siguiendo el estímulo de esas curas, no solo escucha lo que queda dicho en el síntoma sino que, a la vez, comienza el recorrido de lo que llamará su “autoanálisis”, incluyendo allí también la interpretación de sus propios sueños. En este sentido, podríamos trazar un paralelo con la conceptualización del chiste freudiano, donde se sitúa un “lugar”; este lugar lo pensaremos como el Otro que no es el otro del semejante, ese Otro es el Otro del lenguaje, que lo antecede y lo determina.

La introducción de lo simbólico es una bisagra en el psicoanálisis que sostenemos hasta hoy. El inconsciente, siguiendo la idea freudiana, es el lugar donde “el ello habla dependiendo del lenguaje; nos toca el alma a través del cuerpo, introduciendo el pensamiento” (Lacan, 1954: 195), y este pensamiento como estructura es la del lenguaje.

Desde el período clásico de Lacan, la palabra, al nombrar los objetos, no solo estructura la percepción misma, sino que el objeto se pierde, se recorta, se desprende, originando un resto que no termina de inscribirse. Resto que será enunciado como un real y que va a operar en su insistencia. Un real que insiste y que hace trabajar al aparato de lo simbólico. La práctica analítica se apoya en este vacío, lo real, “la cura es una demanda que parte de la voz del sufriente (objeto pulsional)”.

Lo que se termina de plantear e introduce la diferencia fundamental en relación a lo que se escucha y lo que queda dicho en el espacio de análisis es justamente pensar un significante tomado y sostenido por la materialidad de la

letra. Esta posición se distingue de otras técnicas que toman la palabra desde la vertiente retórica ofreciendo sentido a lo escuchado.

Recuperando la importancia del significante en el espacio de análisis, analicemos el Sueño emblemático de la inyección a Irma (1) desde la perspectiva de Lacan. Veamos cómo nos orienta en los modos de escuchar un sueño, un desliz o un síntoma. Desde este enfoque, el sueño no solo está en relación con la realización de deseos inconscientes, sino que la ligadura habla de la eficacia como retoño de la verdad del inconsciente. Advertimos que este sueño lo podemos pensar siguiendo el eje teórico de la huella anudándose a la materialidad del significante que es la letra. La frase que se cifra por ser escrita lleva un enigma funcionando a manera de un “oráculo”: “el sueño tiene la estructura de una frase, de una escritura, o más bien si hemos de atenernos a su letra, de un rebús, es decir de una escritura”. Y agrega que Freud nos enseña a leer, a partir de poner de relieve la estructura del sueño, su elaboración onírica, su retórica. El sueño como un discurso, que habría que leer a la letra (Lacan, 1953).

Allí, en su “Sueño de la inyección a Irma”, Freud observa en el fondo de la garganta de Irma la fórmula química escrita de la “Trimetilamina”. Freud queda detenido; tal como si estuviera frente a un oráculo, solo ve una fórmula en la que las letras están aisladas. Se detienen sus asociaciones, encuentra allí un tope: esas letras se ubican en torno a un real que no cesa de escribirse pero frente al cual se detiene, como si se tratara de un borde.

Lacan, en el seminario “El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica”, analiza que dicho sueño expresa -sin saberlo y a través de la fórmula de trimetilamina- la naturaleza misma de lo simbólico. Allí Lacan como lector de Freud lee la cifra que deja el relato del sueño (Lacan, 1954/1955). Con este contenido nos encontramos siguiendo el enunciado “el inconsciente estructurado como un lenguaje”. Con los jeroglíficos freudianos, con las huellas del proyecto y con la materialidad de la letra. Eso indivisible que fue el trazo, huella, letra que lleva la marca de esos objetos perdidos en torno a un sujeto, como aquello que, bordeando lo real, lo significa.

(1) “El sueño de la inyección a Irma” de Sigmund Freud

En un amplio hall. Muchos invitados a los que recibimos. Entre ellos, Irma, a la que me acerco en seguida para contestar, sin pérdida de momento, a su carta y reprocharle no haber aceptado aún la «solución». Le digo: «Si todavía tienes dolores es exclusivamente por tu culpa». Ella me responde: « ¡Si supieras qué dolores siento ahora en la garganta, el vientre y el estómago!... ¡Siento una opresión!...». Asustado, la contemplo atentamente. Está pálida y abotagada. Pienso que quizá me haya pasado inadvertido algo orgánico. La conduzco junto a una ventana y me dispongo a reconocerle la garganta. Al principio se resiste un poco, como acostumbran hacerlo en estos casos las mujeres que llevan dentadura postiza. Pienso que no la necesita. Por fin, abre bien la boca, y veo a la derecha una gran mancha blanca, y en otras partes, singulares escaras grisáceas, cuya forma recuerda la de los cornetes de la nariz. Apresuradamente llamo al doctor M., que repite y confirma el reconocimiento... El doctor M. presenta un aspecto muy diferente al acostumbrado: está pálido, cojea y se ha afeitado la barba... Mi amigo Otto se halla ahora a su lado, y mi amigo Leopoldo percute a Irma por encima de la blusa y dice: «Tiene una zona de matidez abajo, a la izquierda, y una parte de la piel, infiltrada, en el hombro izquierdo» (cosa que yo siento como él, a pesar del vestido). M. dice: «No cabe duda, es una infección. Pero no hay cuidado; sobrevendrá una disentería y se eliminará el veneno...». Sabemos también inmediatamente de qué procede la infección. Nuestro amigo Otto ha puesto recientemente a Irma, una vez que se sintió mal, una inyección con un preparado a base de propil, propilena..., ácido propiónico..., trimetilamina (cuya fórmula veo impresa en gruesos caracteres). No se ponen inyecciones de este género tan ligeramente... Probablemente estaría además sucia la jeringuilla.

Referencias bibliográficas

- Benveniste, E. (1966). Ojeada al desenvolvimiento de la lingüística. En *Problemas de Lingüística General*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Borges, J.L. (1989). “El Golem”. En *Obras Completas* (Vol. 2). Barcelona: editorial Emecé.

- Borges, J.L. (2016). *Poesía completa* (4a ed.). Buenos Aires: Debolsillo.
- De Saussure, F. (1916). *Curso de lingüística general* (26ª edición). Buenos Aires: Losada, 1945.
- Freud, S. (1890). *Tratamiento psíquico. Tratamiento del alma* (Tomo I). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1900). *La interpretación de los sueños* (Vols. 4 y 5). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- Freud, S. (1926). *Psicoanálisis* (Vol. 20). (L. Etcheverry, Trad.) Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- Freud, S. (1918). *Los caminos de la terapia analítica*. Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- Freud, S. (1938). *Esquema del Psicoanálisis* (Vol. 23). (L. Etcheverry, Trad.) Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1915). *Lo inconsciente* (Vol. 14). (L. Etcheverry, Trad.) Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1926). *Lo inconsciente* (Vol. 20). (L. Etcheverry, Trad.) Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1886-1908). *Obras Completas* (Vol. 2). Madrid: Ed. Biblioteca Nueva, 1968.
- Freud, S. Proyecto de una psicología para neurólogos. En *Obras Completas* (Vol. 3). Madrid: Ed. Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1923-1925). *Obras Completas* (Vol. 19). Madrid: Ed. Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1896). *La pizarra mágica*. Tomo II, Carta 52.
- Freud, S. (1915). La represión. En *Obras completas* (Vol. 14). Buenos Aires: Amorrortu.
- Giménez, M. (2000). Creencias en la antigüedad. En *Colección esencial*. Buenos Aires: Ed. Océano.
- Lacan, J. (1953). Lo simbólico, lo imaginario y lo real. En *De los nombres del padre*. Ed. Paidós. Buenos Aires, 2007.

- Lacan, J. (1953-1954). Los escritos técnicos de Freud (clases II y IV). En *Seminario 1*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. Clase XIII. En *Seminario 2*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1955- 1956) *Seminario 3: Las psicosis*. Buenos Aires: Ed. Paidós, 2017.
- Lacan, J. (1949) *Escritos I* (14ª ed.). Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2018.
- Lacan, J. (1953). Función y Campo de la Palabra en psicoanálisis. En *Escritos I*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1988.
- Lacan, J. (1957). La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud. En *Escritos I*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1988.
- Lacan, J. (1966). *Intervenciones y Textos I*. Buenos Aires: ed. Manantial, 1986.
- Lacan, J. (1970). *Radiofonía & Televisión*. Barcelona: Editorial Anagrama, 1977.
- Laplanche, J. y Pontalis, J. B. (1996). *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lévi-Strauss, C. (1958). “La eficacia simbólica”. En *Antropología Estructural*. Buenos Aires: Paidós, 1995.
- Milner, J-C. (2003). *El Periplo estructural. Figuras y paradigma* (1ª ed.). Buenos Aires: Amorrortu.
- Porge, E. (2000). *Jacques Lacan, un psicoanalista. Recorrido de una enseñanza*. España: Síntesis.
- Puche Navarro, R. (1971). Lacan: lenguaje e inconsciente. *Revista Latinoamericana Psicología* vol.3 (2) pp. 161-181.
- Rabinovich, D. (1986). *Sexualidad y Significante* (1ª ed.). Buenos Aires: Ed. Manantial.
- Rabinovich, D. (1988). *El concepto de objeto en la teoría psicoanalítica*. Buenos Aires: Manantial.
- Ritvo, J. (2014). *Del padre. Política de su genealogía*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Ritvo, J y Kuri, C. (1979). *Significante y sujeto en Lacan*. Rosario: ed. Asociación de Psicólogos de Rosario, 1980.

Robins, R.H. (1990). Historia de la lingüística. En Newmeyer, F. (comp. *Panorama de la Lingüística moderna*. Universidad de Cambridge.

Starobinski, J. (1996). *Las palabras bajo las palabras. La teoría de los anagramas de Ferdinand de Saussure*. Barcelona: Gedisa.

Vitale, A. (2002). *El estudio de los signos. Peirce y Saussure* (1ª ed.). Buenos Aires: Eudeba.